

◆ 1

El trágico viaje de una salvaje mexicana al mundo civilizado

Roger Bartra

En Europa solían exhibirse con frecuencia durante el siglo XIX muestras de seres humanos considerados exóticos. Por ejemplo, la llegada a París, en 1845, de unos jefes de la tribu iowa causó sensación. El mismo rey Luis Felipe los invitó a las Tullerías. Los iowas acaso creyeron que se les trataba como altos dignatarios de la nación india americana. Aceptaron presentar ante la familia real sus danzas tradicionales, lo que causó gran placer al rey. Los indios con sus cantos y bailes divirtieron mucho a los cortesanos. Pero es muy probable que se diesen cuenta de que en realidad eran exhibidos como una más de las rarezas exóticas a las que eran tan aficionados los europeos desde hacía mucho tiempo. Allí llamaron poderosamente la atención de la célebre escritora George Sand, quien escribió un libro dedicado a ellos: *Los salvajes de París* (1845). Las exhibiciones de indios americanos y salvajes africanos se sumaban a los espectáculos que mostraban a toda clase de monstruos y de seres deformes y extraños (il. 1).



1. Exhibición de Julia Pastrana momificada después de su muerte en 1860

Freakish Encounters

Hispanic Issues On Line 20 (2018)

El gran compositor Jean-Phillipe Rameau compuso una pieza, *Les sauvages*, que le fue inspirada cuando contempló en 1725 a dos indios de Louisiana que eran exhibidos en una feria parisina. Y antes Montaigne había tomado como ejemplo a los indios brasileños para afirmar, en un célebre ensayo, que los europeos eran peor que los caníbales americanos, pues mientras estos últimos comían la carne de hombres muertos, los civilizados se los comían vivos. Desde comienzos del siglo XVII en las capitales europeas se presentaban los más extravagantes espectáculos. Toda rareza o curiosidad era expuesta en algún momento en alguna feria o en las calles y plazas. A los representantes de tribus exóticas se agregaba la exhibición de enanos, gigantes y seres deformes o peludos, junto con juegos, entretenimientos, marionetas o ejecuciones públicas de criminales. En el siglo XIX los circos comenzaron a exhibir en sus llamados *freak shows* toda clase de monstruosidades. Uno de los casos más célebres fue la llamada Venus Hotentote, una mujer sudafricana, con su espectacular esteatopigia (gran acumulación de grasa en las nalgas) viajó por toda Europa como una curiosidad científica y como un objeto sexual exótico. Al morir en 1815, sus enormes glúteos y su aparato genital fueron a dar a la mesa de disección de Georges Cuvier, el gran naturalista francés, quien escribió un sesudo y serio estudio sobre el culo de la hotentote. Los restos de esta mujer fueron a parar, después, al Museo del Hombre de París. Otra historia macabra similar es la del guerrero bosquimano que fue disecado en París en el siglo XIX y que acabó en una vitrina del Museo de Historia Natural de Banyoles, cerca de Gerona. El personaje disecado—vestido de calzón blanco y lanza en ristre—terminó como parte de una exhibición de la “historia natural,” junto con varios animales disecados.

Estos ejemplos muestran que el mito del salvaje se cuela por todos los poros de las sociedades occidentales. Es una sombra esquiva de la civilización que a cada paso sirve de contrapunto para recordarnos que la condición humana tiene sus raíces en la animalidad. He estudiado extensamente y expuesto en un libro las ramificaciones de este mito en la historia occidental, desde sus orígenes en la antigüedad hasta sus expresiones modernas.¹ Pero hay algunos cabos sueltos que había dejado a un lado o tocado marginalmente. En mi libro *El mito del salvaje* me referí brevemente a la historia de Julia Pastrana, esa mexicana que fue exhibida como salvaje en los Estados Unidos y Europa en el siglo XIX. Ahora desarrollo en este ensayo la trágica vida de esta mujer, que revela las más terribles aristas del machismo y de la fascinación popular por los fenómenos anormales. Esta mujer peluda y de aspecto simiesco originaria de algún lugar del norte de México acaso perteneció a alguna etnia indígena, pero lo que llamaba la atención era su aspecto animal. Fascinó a muchos con su aspecto feroz y su dulzura femenina, una amalgama inquietante. Esta mujer, que sufría de hirsutismo e hiperplasia gingival, fue una de las más espectaculares encarnacio-

nes de lo monstruoso en los *freak shows* norteamericanos y europeos del siglo XIX. Fue mostrada como un curioso y horrendo ejemplar de esa raza de salvajes que fueron muy populares en las exhibiciones que acompañaban a los circos (*side shows*), donde aparecían seres humanos anormales que los visitantes contemplaban con una mezcla de horror y fascinación.² Al lado de los enanos, los gigantes, los gemelos siameses y los deformes, siempre hubo lugar para los llamados hombres salvajes. Con frecuencia se asociaban las monstruosidades y las deformaciones a seres humanos procedentes de regiones exóticas del mundo.

La atracción por estos *freak shows* continuó hasta bien entrado el siglo XX; en 1932 se estrenó la película *Freaks* de Tod Browning, que presenta la triste vida de un grupo de monstruos humanos que trabaja en un circo.³ La gran fotógrafa Diane Arbus se interesó durante los años sesenta en las exhibiciones de monstruos y solía ir a los pocos lugares donde aún sobrevivían los *freak shows*, como el Hubert's Museum de la calle 42 en Nueva York. La impresionante película *Freaks*, además de abordar el tema de la vida de estos monstruos humanos, los presenta actuados por ellos mismos. En *Freaks* se cuentan las desventuras de estas personas explotadas en el sideshow de un circo, en una conmovedora actuación de los propios freaks. Son vistos y exhibidos como monstruos y bestias, pero su bestialidad no es representada por rasgos animales, salvo en algunos pocos casos (la mujer cigüeña y la mujer pato), sino por su anormalidad. Los personajes son enanos, *pinheads* (microcéfalos), un muchacho sin piernas que camina con los brazos, un hombre-torso que carece de las cuatro extremidades, dos gemelas siamesas pegadas por la cadera, una mujer barbuda, un hombre tan flaco que se presenta como el esqueleto humano, una mujer sin brazos muy hábil con sus pies y una persona mitad hombre y mitad mujer. Ellos son lo opuesto a los superhéroes salvajes con poderes especiales que comentaré más adelante. Son fenómenos anormales disminuidos y despreciados que se exhiben al margen del espectáculo central del circo, con sus trapeceistas, payasos, tragafuegos y, podemos suponer (aunque no aparecen), domadores y equilibristas. En la película la bella trapeceista Cleopatra, que es la amante del hombre fuerte Hércules, seduce a uno de los enanos, Hans, quien tiene como novia a la tierna enana Frieda. Cleopatra planea matar a Hans para quedarse con su inmensa fortuna. Le administra veneno poco a poco en el vino, pero Hans al caer enfermo se da cuenta y organiza a la comunidad de monstruos para vengarse de Cleopatra y de Hércules. En una escena dantesca de extremo salvajismo, que fue omitida en la versión final de la película, los freaks rebeldes castran a Hércules. Además le cortan las piernas a Cleopatra, le deforman las manos para que parezcan patas y le pegan plumas en el torso para exhibirla. Ella aparece hacia el final de la película graznando como la mujer pato. Los productores decidieron corregir el horror de la película con un final feliz, en el que los dos enanos, Hans y

Frieda, se reconcilian. La versión original de la película ya no existe, pues fue considerada demasiado fuerte y por ello destruida.⁴

La exhibición de atrocidades produce un intenso vértigo frente a un límite, muy cercano a nosotros, que nos separa de lo anormal. El abismo de malignidades y de dolor ocasiona que la sociedad “normal” desarrolle impulsos de cohesión, de afirmación de la identidad y de conservación del *status quo*. En este sentido, la confrontación de lo atroz y monstruoso suele enfrentarse con la estereotipada inocencia atribuida a niños y mujeres, y a toda clase de criaturas indefensas ante la agresión. De esta manera se amplifica el carácter horrendo de los actos y los seres malignos, lo que produce intensos efectos legitimadores. No sé si estos procesos son parte de las peculiaridades de la especie humana; pero con seguridad se trata de mecanismos de equilibrio propios de las sociedades modernas. Yo he estudiado con cierto detenimiento la relación simbólica entre las fobias contra la atroz alteridad y las filias por la normalidad sensata, en *Las redes imaginarias del poder político*.

El descubrimiento de la salvaje peluda

En los *freak shows* eran particularmente exitosas las personas afectadas de hipertricosis (o hirsutismo), que eran expuestas como ejemplos de hombre-león, mujer-gorila, hombre-lobo, dama barbada o niño-mono. Por esta razón Julia Pastrana fue inmensamente apreciada y aclamada. En realidad se sabe muy poco sobre el origen y la vida de esta mexicana antes de ser exhibida en Estados Unidos y Europa como “la mujer-gorila, el ser más horrible de todos los tiempos.” Se ha dicho que nació en algún lugar de Sinaloa a comienzos de los años treinta del siglo XIX. Muchos datos sobre su vida son dudosos, pues proceden de la propaganda que se hacía para atraer público a sus presentaciones y que exageraban su condición o inventaban su historia para hacerla más atractiva o espectacular. Pero hay una referencia a ella que la ubica en el contexto de Sinaloa: en las memorias de Ireneo Paz, el abuelo del poeta Octavio Paz, se hace el retrato de un funcionario corrupto de la aduana marítima de Mazatlán, cercano al gobernador de Sinaloa en la época (1867) en que Ireneo Paz vivió allí. Este pillito se llamaba Francisco Sepúlveda, y Paz cuenta que su fortuna había consistido “en unas tierras ubicadas en Tepic, que vendió para comprar una mujer-oso para exhibirla en Estados Unidos; pero en Nueva York, el yankee que le sirvió de intérprete enamoró a la prenda, y en la primera exhibición entraron los testigos y el juez, celebrándose un matrimonio que dejó a Sepúlveda a buenas noches” (Paz 239). Así, la historia pública y el mito de esta mujer salvaje mexicana comienza con un incidente erótico: ella es seducida por un norteamericano, acaso—podemos adivinar—para escapar de

su amo, el macho mexicano que la explotaba. Se escapó de la esclavitud para caer en otra servidumbre, más “moderna.” Hay una información que parece negar que Julia Pastrana fuese originaria de Sinaloa. La abuela del poeta sinaloense Jaime Labastida, que era de la familia del gobernador Pedro Sánchez de Cima le contó a su nieto que esta mujer peluda en realidad había llegado del vecino estado de Durango.⁵

Es posible que Julia Pastrana fuese comprada por Sepúlveda a Pedro Sánchez, que había sido gobernador de Sinaloa, quien la tenía en su casa, según se dice en algunos folletos que anunciaban el espectáculo de la mujer velluda. La historia que narran estos panfletos no coincide con lo que escribió Ireneo Paz. Afirman que se escapó de los maltratos a que era sometida en la casa del gobernador para regresar a su tribu y que, por el camino, un norteamericano llamado M. Rates la convenció de que lo acompañase a los Estados Unidos para ser exhibida comercialmente. Esta historia no es muy creíble, y oculta el hecho incómodo de que Julia fue llevada casi como esclava por Sepúlveda a Nueva York, según lo que escuchó Paz en Mazatlán. Como quiera que sea, Julia Pastrana llegó a Nueva York en 1854 donde, a los veinte años, acaso fue la pareja del misterioso Rates, quien lucró con su monstruosa apariencia al exhibirla públicamente.

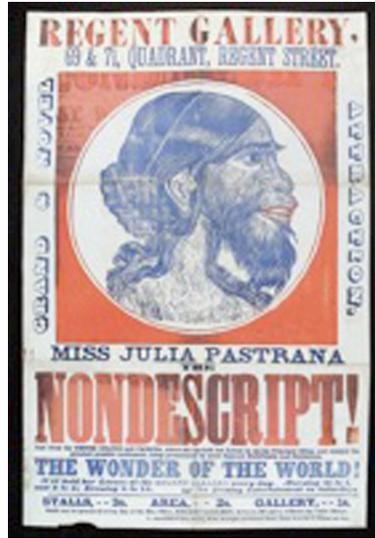
Los panfletos que anunciaban el *freak show* de Julia Pastrana están repletos de datos espectaculares destinados a atraer la atención del público.⁶ Cuentan que Julia pertenecía a una tribu de indios totalmente velludos llamados “Root-Diggers,” que es el apelativo que los blancos usaron en California para referirse a los indios. Se dice en ellos que una india llamada Espinosa, quien se había perdido en 1830 y que se creyó se había ahogado, fue encontrada en una cueva seis años después por unos vaqueros. Había sido encerrada en la cueva por un grupo de indios hostiles. Se afirma que en esa región “abundaban los monos, los babuinos y los osos” (Bondeson, “La extraña” 219). Pero la mujer no estaba sola: tenía a una niña de dos años, a quien dijo querer mucho a pesar de no ser su madre. La niña había sido bautizada por Espinosa y su marido, quienes la cuidaron. No se explica si la niña ya era peluda desde pequeña. Cuando murió su madre adoptiva se supone que fue a vivir con la familia de Pedro Sánchez, gobernador de Sinaloa, quien quiso estudiarla como una extraña curiosidad. Allí trabajó como sirvienta hasta abril de 1854, cuando ella quiso regresar a su tribu indígena, descontenta por el maltrato en la casa de Sánchez. Pero, como dije más arriba, por el camino supuestamente se topó con un tal Rates, quien la convenció de acompañarlo a los Estados Unidos para exhibirla como una extraña criatura velluda. Esta historia, llena de estereotipos, me parece casi totalmente inventada para satisfacer la curiosidad y el morbo del público que acudía a los espectáculos que exhibían monstruos. En otro folleto destinado al público londinense ya no se afirma que

Julia proviene de la tribu de los peludos Root-Diggers, sino que se explica que era “un híbrido, en el que la naturaleza de mujer predomina sobre la de los orangutanes,” según lo había determinado un médico, Alexander B. Mott, que la había examinado en Nueva York (Bondeson, “La extraña 219).

En los Estados Unidos la mujer-orangután fue paseada por varias ciudades. En Cleveland la estudió otro médico, S. Brainerd, quien al observar su pelo bajo el microscopio afirmó que “no tenía rastros de sangre de los negros” (Bondeson, “La extraña 219) y que pertenecía a una especie distinta. En Baltimore fue invitada a un baile organizado por militares donde bailó el chotís y el vals con varios jóvenes uniformados. En esa misma ciudad la examinó otro médico, Waterman, quien además de su hirsutismo observó que tenía una hipertrofia bilateral de las encías y que tenía un “intelecto débil.” En contraste, el encargado de anatomía de la Sociedad de Historia Natural de Boston, Samuel Kneeland, Jr., dijo que “era una mujer perfecta, que cumplía todas las funciones de su sexo” (Bondeson, “La extraña 220). Cuando fue exhibida en el Gothic Hall de Nueva York, en Broadway, un diario la describió así: “Los ojos de esta *lusus natura* brillan con inteligencia, mientras que su mandíbula, sus afilados colmillos y sus orejas son terriblemente espantosos . . . Casi todo su cuerpo está cubierto de un pelo largo y lustroso. Su voz es armoniosa; es un ser semi-humano completamente dócil que habla la lengua española” (Odell 413, 499).

La dama salvaje y su dueño viajan a Europa

La mujer salvaje mexicana, después de su llegada a los Estados Unidos, vivió solamente seis años, antes de encontrar la muerte en Moscú, provocada por una fiebre puerperal después de parir a un niño tan peludo como ella. En el verano de 1857 fue anunciada en Londres como “Miss Julia Pastrana, the NONDESCRIPT” (Señorita Julia Pastrana, la INDESCRIPCIÓN), un ser inclasificable nunca antes descrito. Para entonces el empresario que la promocionaba ya no era Rates, sino Theodore Lent, a quien conoció en Nueva York y que le propuso viajar a Europa. Su presencia en Londres causó sensación y llamó la atención también de los médicos. En la prestigiada revista médica *The Lancet* el doctor Laurence publicó un artículo donde decía que Julia Pastrana medía 4 pies y seis pulgadas, tenía un cuerpo fornido y bien proporcionado pero cubierto de vello lacio, grueso y negro salvo en las palmas de las manos y las plantas de los pies. Anotó que sus senos estaban notablemente bien desarrollados y que menstruaba con regularidad (Laurence 48) (il. 2).



2. Afiche de un espectáculo de Julia Pastrana en Londres

Usualmente Julia Pastrana usaba vestidos que exponían sus piernas, su espalda, su pecho y sus brazos, para que se pudiese contemplar su piel vellosa. El conocido naturalista Frank Buckland habló con ella y se mostró sensible a sus encantos femeninos, a pesar de encontrarla horripilante debido a su hirsutismo: “es extremadamente buena y graciosa su figura, sus pequeños pies y su bien torneado tobillo, *bien chaussée*, son la perfección misma” (Buckland 44–51). Incluso Darwin se interesó en la mujer salvaje, aunque al parecer nunca la vio; en su famoso libro sobre la variación en animales y plantas, de 1868, escribió: “Julia Pastrana, una bailarina española, fue una mujer notablemente bella, pero tenía una espesa barba masculina y una frente peluda” (Darwin 328). Muchos contemplaron a Julia Pastrana como si fuera un ejemplo del famoso “eslabón perdido” que buscaba Darwin. Se creyó que la apariencia simiesca de su rostro se debía, según escribió Darwin, a que “tenía tanto en la mandíbula superior como en la inferior una poco regular doble serie de dientes, una fila colocada dentro de la otra, de las cuales el Dr. Purland tomó un molde. Debido a esta redundancia de dientes su boca sobresale y su cara adquiere una apariencia como de gorila” (Darwin 328).⁷ Por ello los panfletos de la época preparados por Theodore Lent, su empresario, la describían como un ser híbrido, semi-humano, una mezcla de macho humano y simio, la superviviente una especie de antropoide que se habría extinguido antes de Adán (il. 3).



3. La única fotografía conocida de Julia Pastrana en vida

A finales de 1857 Lent llevó a Julia Pastrana a Berlín, donde se convirtió en un espectáculo muy comentado. En el teatro Kroll de Leipzig actuó en una obra de teatro escrita para ella, pero después de un par de días la policía clausuró la representación debido a que la obra fue considerada obscena e inmoral. Algunos médicos protestaron arguyendo que mujeres embarazadas podían abortar al verla o que, debido a una “impresión maternal,” podrían dar a luz a infantes peludos. Su empresario, entonces, se las arregló para presentarla como cantante y bailarina, ya que las autoridades alemanas objetaban la exhibición de seres humanos monstruosos. Ella tenía una bella voz de mezzosoprano y había aprendido a bailar. Así, se presentó cantando canciones populares mexicanas e inglesas, y bailando danzas españolas. En una entrevista para el semanario ilustrado *Gartenlaube* declaró que sus triunfos en América y en Inglaterra le habían atraído múltiples propuestas de matrimonio, que ella había declinado pues los pretendientes no eran suficientemente ricos. Tan grande fue el éxito de la salvaje mexicana en Alemania que varios empresarios ligados a circos y ferias le propusieron contratarla. Al parecer fue en esa

época, en Inglaterra, que Theodore Lent se casó con ella, para evitar que se escapase para trabajar con otros y perpetuar así su control. Pero también es posible que el matrimonio se hubiese efectuado antes, acaso en Nueva York, según la versión que escuchó Ireneo Paz en Mazatlán (il. 4).



4. Retrato de Julia por H. König en el *Gartenlaube*.

A comienzos de 1858 viajaron a Viena, donde ella tuvo igualmente mucho éxito y su marido abundantes ganancias. Allí un profesor de antropología la examinó. Ella se resistió al “Manualuntersuchung” (examen físico) que quería practicarle el profesor Sigmund, pero su marido la convenció de que lo permitiese. El profesor publicó un breve informe de su examen donde la describió físicamente, afirmó que nunca había visto algo semejante, pero que no era un monstruo semi-humano entrenado para hacer las gracias que anunciaban los panfletos, sino una persona inteligente, feliz y contenta de su lugar en la vida. Le impresionaron sus conocimientos, especialmente debido a que ella no sabía leer ni escribir (“Julia Pastrana”). Sin embargo, hay otra descripción de Julia Pastrana que contradice las opiniones del profesor de antropología. El empresario cirquero alemán Hermann Otto, que la conoció en Viena, escribió que era una ávida lectora, que sabía del mundo gracias a los libros y que tenía buenos sentimientos; pero que su apariencia la hacía sufrir y que le daba vergüenza ser exhibida como un monstruo (Otto 124). ¿Ella actuó ante

el antropólogo austriaco pero se sinceró con el empresario alemán? ¿O fue al revés? Seguramente la realidad fue mucho más compleja y matizada, pero nunca podremos descubrirla.

A finales de 1858 Julia Pastrana visitó Polonia y en Varsovia causó una gran impresión, como podía esperarse. Una caricatura de la época insinúa que su danza era un poco obscena, con su falta corta y su amplio escote. Siempre fue un extraño objeto de atracción sexual mezclada con el espanto que producía su aspecto salvaje y bestial. Posiblemente su marido tuvo sentimientos contradictorios semejantes, aunados desde luego a su avaricia comercial. El hecho es que a mediados de 1859 la mujer salvaje quedó embarazada. A pesar de ello, a finales de ese año Julia y su marido-empresario llegaron a Moscú, donde ella tuvo un extraordinario éxito en sus presentaciones, más que en otros lugares. El 20 de marzo de 1860 Julia llegó al hospital obstétrico de Moscú, donde dio a luz, a las cuatro de la tarde, a un niño tan peludo como ella. El niño tuvo de inmediato problemas de respiración y murió 35 horas después de nacer. Julia murió cinco días después, según el patólogo, de “metro-peritonitis puerperal.” Pero aquí no terminaron las aventuras y desventuras de Julia Pastrana. Todavía su cuerpo recorrería el mundo durante muchos años, usado y manipulado por toda clase de oportunistas, comenzando por su propio marido.

La segunda vida de la mujer salvaje

Theodore Lent, que al enviudar se quedó sin el negocio de exhibir a su esposa, decidió venderla junto con el bebé a un médico de la Universidad de Moscú, el doctor Sokolov, quien le había propuesto colocar en el museo anatómico de la universidad los cuerpos momificados. Supuestamente Lent recibió £500 por la macabra venta de los cadáveres. El doctor Sokolov había creado una técnica secreta de embalsamamiento y quería aplicarla a los dos seres hirsutos que habían muerto en el hospital. El proceso fue muy exitoso y el resultado muy elogiado. La salvaje mexicana embalsamada aparecía con un bello vestido ruso de seda bordada y un collar de perlas con una cruz. El embalsamador la colocó con las piernas abiertas, en una posición retadora y orgullosa, y con los brazos en las caderas. A su lado, sobre una barra como si fuese un loro estaba su hijo (il. 5).



5. La momia de Julia Pastrana tal como fue embalsamada en Moscú

La exhibición de los dos cuerpos en la universidad de Moscú causó un gran interés y mucha curiosidad. Ante esto, Lent quiso recuperar los cuerpos. Lo logró al presentar su acta de matrimonio certificada por el cónsul de los Estados Unidos (lo que permite suponer que se había casado en Nueva York y no en Europa) y pagando £700. Pero para su gran frustración las autoridades rusas no autorizaron la exposición pública de las dos momias. Por esta razón, el empresario regresó a Londres y en febrero de 1862 Julia volvió a ser exhibida allí, pero esta vez en calidad de momia; la entrada costaba un chelín, lo que era mucho menos de lo que había cobrado estando Julia Pastrana viva, pero ahora en cambio podía exponerla durante muchas más horas, junto a su hijo. Hay que decir que el naturalista Frank Buckland, que había hablado con ella en vida y había admirado su cuerpo, quedó asombrado por lo bien embalsamada que la veía ahora.

La historia del cadáver de Julia Pastrana dura muchos más años que su breve paso por los *freak shows* estando viva. Es además una historia muy accidentada. Ya es asombroso el hecho de que su marido continuase durante muchos años ganando dinero a costa de los cuerpos embalsamados de su esposa y su hijo. Pero cuando comenzó a bajar el interés por los dos cuerpos velludos embalsamados, Lent los alquiló a un museo itinerante inglés de curiosidades. En 1864 hicieron una gira por Suecia. En aquella época el empresario se enteró de que en Karlsbad, la bella ciudad balneario de Bohemia, vivía una joven que sufría de hirsutismo. Se trataba de Marie Bartel, que permanecía encerrada en

su casa pues su familia se avergonzaba de que la viesen. Lent logró ver a la muchacha, que era mucho más joven que él, y la cortejó; poco después pidió al padre la mano de su peluda hija. El padre accedió a condición de que se la llevase de la ciudad y de que no la exhibiese comercialmente. Ciertamente Lent abandonó Karlsbad con su nueva esposa, pero de alguna manera la convenció de que dejase de rasurarse la barba, para ser presentada como mujer salvaje bajo un nuevo nombre: Zenora Pastrana. La nueva esposa salvaje era presentada como la hermana de Julia, para aprovechar la enorme fama de su predecesora, y viajaron por toda Europa acompañados de las dos momias. Al cabo de un tiempo tal vez la nueva esposa peluda se hartó de viajar con el cuerpo de Julia, y las dos momias fueron alquiladas al Präuscher Volksmuseum instalado en el Prater de Viena, que pagaba por ello 320 táleros al año. Allí permanecieron Julia y su hijo, al lado de otros casos extraños que eran exhibidos como curiosidades, hasta 1888.

Después de muchos años de éxito extraordinario, Lent y Zenora Pastrana, a comienzos de los años ochenta, se retiraron del *show business* y se establecieron en San Petersburgo. Eran muy ricos y compraron un pequeño museo de cera. Pero en 1884 Theodore Lent sufrió un severo desequilibrio mental: comenzó a bailar por las calles y a romper billetes de banco, junto con certificados de valores, para lanzarlos al río Neva. Acabó recluido en un manicomio ruso donde murió poco después. Su viuda, Zenora Pastrana, salió de Rusia en 1888 y en su viaje hacia Múnich pasó por Viena para recoger a las dos momias, que había heredado junto con la fortuna de Lent. En noviembre de ese año ella misma se exhibió en la Sociedad Antropológica de Múnich junto con la momia de Julia Pastrana, que fue admirada por la gran calidad del embalsamamiento. Jan Bondeson dice que los antropólogos de Múnich, a propósito de Theodore Lent, comentaron que el norteamericano debía haber tenido “eine ganz eigenartige Vorliebe für solch haarige Schönen” (una muy peculiar predilección por semejantes bellezas peludas). Zenora Pastrana se retiró de los espectáculos y se fue a vivir a Dresde; encontró un hombre veinte años menor que ella y se casó con él. Al mismo tiempo, en 1889, cansada tal vez de estar cerca de Julia Pastrana, la viuda del empresario le entregó las momias a un empresario alemán, J. B. Gassner, que había montado una “exhibición antropológica” en Múnich. Gassner las exhibió además en varias ferias alemanas y al fin las llevó en 1895 a una convención de circos en Viena, donde las vendió. A lo largo de un cuarto de siglo las dos momias fueron vendidas y compradas muchas veces, hasta que en 1921 las adquirió Hakon Jaeger Lund, que tenía una feria en Noruega y que estaba montando un gabinete de monstruos cerca de Oslo. Allí las expuso durante mucho tiempo, junto con algunas figuras de cera.

En 1943 Noruega fue ocupada por los alemanes, quienes intentaron confiscar las obras en cera del gabinete de monstruos de Lund, pues necesitaban la

cera en la producción militar. Pero el hijo del empresario los convenció de que en lugar de confiscar, se podría llevar las figuras de cera a una amplia gira por Suecia cuyas utilidades serían para el gobierno alemán. Junto con los objetos de cera, Julia Pastrana y su hijo viajaron durante muchos años por Suecia, en mercados y ferias populares. En 1953 Hakon Jaeger Lund almacenó las momias y los demás objetos de su galería de monstruos en la ciudad sueca de Linköping. Allí las momias pareciera que cobraron vida, pues el almacén fue asaltado por unos muchachos curiosos por los rumores de que el lugar era concurrido por seres monstruosos y peludos. Confirmaron el rumor al ver a Julia Pastrana, y huyeron espantados. Pero uno de ellos regresó para tomar una fotografía de Julia, en la que se la ve ya envejecida y estropeada, sin las joyas y muy despeinada, sin barba. Al año siguiente Lund murió y su hijo heredó la colección de monstruos y curiosidades. Este, Hakon Jaeger Lund, en 1959 llevó la exhibición a una feria agrícola en Oslo, donde la galería fue visitada por miles de personas. Muchos campesinos noruegos, que nunca habían visto algo similar, se asombraron y asustaron mucho. Cuando pasó el interés por los monstruos, en 1960 la colección fue almacenada nuevamente, esta vez en las afueras de Oslo.

En 1964 Julia Pastrana llega al festival de Cannes, en una buena película del director italiano Marco Ferreri, *La donna scimmia*. En ella la actriz Annie Girardot aparece como una versión moderna de Julia: una joven napolitana, completamente peluda, es una huérfana que vive en un convento. El empresario que la descubre, la exhibe y se casa con ella es el actor Ugo Tognazzi. El guión de la película sigue de cerca la historia de Julia Pastrana hasta el final, cuando ella y su hijo acaban momificados y exhibidos en público.

En septiembre de 1969, un famoso juez y empresario norteamericano, Roy Mark Hofheinz, dueño de los circos Ringling y Barnum, decidió comprar las famosas momias, ya que se enteró de que estaban en algún lugar de Escandinavia. Para localizarlas le pidió al director de un circo sueco, Trolle Rhodin, que las encontrara. Para ello puso anuncios en los periódicos; Lund leyó uno de los anuncios y se comunicó con Rhodin, quien le ofreció diez mil dólares por las momias. A Lund el precio le pareció bajo, y para regatear amenazó con llevar de nuevo las momias de gira después de limpiarlas con una aspiradora, inventó que tenía otros compradores y que el gobierno mexicano quería adquirirlas a un precio muy elevado, pues quería erigir un mausoleo en la ciudad de México. Estos regateos y los chismes que los acompañaban llamaron mucho la atención de la prensa noruega y sueca. En lugar de vender a Julia Pastrana y a su hijo, Lund las exhibió de nuevo con gran éxito en 1970 en Noruega y en Suecia, ya que habían sido objeto de mucha publicidad debido a que varias organizaciones religiosas hicieron una campaña denunciando como degradante la exhibición de monstruos. En medio de este barullo, el juez Hofheinz falleció y el negocio naufragó (se dijo que Lund había perdido el medio millón de dólares que al

final había ofrecido el coleccionista norteamericano). Las momias siguieron exhibiéndose en Noruega y por breve tiempo en Dinamarca.

Por fin, en 1971 Julia Pastrana regresó a los Estados Unidos, donde había comenzado su carrera, pues Lund la rentó a un parque itinerante de atracciones que recorrió los Estados Unidos. Los dos cuerpos, para evitar que fuesen robados, fueron encerrados en una caja de vidrio irrompible (il. 6).



6. Los cuerpos embalsamados de Julia Pastrana y su hijo fueron exhibidos en museos europeos

Una vez más, Julia Pastrana fue un éxito comercial, a pesar de que su exhibición fue prohibida en algunos estados por ser considerada inmoral y degradante. Ya de regreso en Noruega, Lund quiso volver a exponerla, pero hubo protestas, la Iglesia luterana se opuso a la exhibición comercial de un cuerpo muerto y propuso que fuera confiscada y enterrada por la Iglesia. Lund, con sentido del humor, contestó que si la Iglesia quería enterrar momias, debía comenzar por las de Egipto. Pero no logró autorización para exhibir las momias, por lo que las rentó al Tivoli de Arboga en Suecia, desde donde iniciaron una gira por el país en verano de 1973. Jan Bondeson dice: “Durante esta gira Julia Pastrana llamó tanto la atención como los artistas de variedades y las estrellas más populares; en los pueblos pequeños la gente acudía a ver a la única mujer mono momificada, que seguía sentada en su litera rusa y era exhibida en el gran camión con su caja de cristal” (Bondeson, “La extraña” 281). Pero cuando la caravana llegó a

la pequeña ciudad de Hudiksvall, el consejo de salud local cerró el espectáculo y envió una petición al Ministerio del Interior exigiendo que se prohibiera en toda Suecia la exhibición de cadáveres.

Así que Julia Pastrana, prohibida tanto en Noruega como en Suecia, tuvo que ser recluida, dentro de la jaula de cristal montada en el camión, en las oficinas de invierno de la feria que dirigía Lund, cerca de Oslo. Cuando murió el propietario, su hijo Bjørn Lund, que heredó la feria, decidió no exhibir más a las momias pero quiso preservarlas para la posteridad. Por desgracia, en agosto de 1976 entraron unos ladrones al recinto de la feria, forzaron la cerradura de la caja en la que estaba Julia, abrieron y desgarraron su vestido; rompieron además la mandíbula y los brazos de su niño, y lo arrojaron después a una zanja, donde los ratones se lo comieron.

Tres años más tarde, en el verano de 1979 hubo otro asalto a la feria y esta vez se llevaron a Julia Pastrana. Meses después la policía de Oslo fue avisada de que unos niños habían encontrado un brazo humano en un basurero en los suburbios de Oslo. La policía descubrió en una camioneta abandonada allí cerca el resto de la momia de Julia Pastrana. Sin avisar al propietario de la momia, la policía depositó el cuerpo en el Instituto de Medicina Forense. Allí estuvo tranquila hasta que en febrero de 1990 la revista noruega *Kriminal Journalen* publicó la noticia de que sus reporteros habían descubierto en el Instituto de Medicina Forense el cuerpo de Julia Pastrana, que se creía perdido para siempre. Ese mismo año, el médico Jan Bondeson, que tanto había estudiado el caso de Julia Pastrana, fue a Oslo a visitarla. Esta es la descripción de su encuentro: “Cuando yo vi la momia de Julia Pastrana, en 1990, estaba de pie sobre un pequeño tablero de madera cubierto de tela; el brazo derecho había sido arrancado y estaba enfrente de la momia; el lado derecho de su cara también había sido desgarrado y faltaba el ojo de ese lado. El vestido de bailarina rusa con que se vistió al cadáver en 1960 fue desgarrado por los ladrones, y la momia estaba totalmente desnuda aparte de los restos de las botas originales” (“La extraña” 284). Más adelante Bondeson concluye: “el macabro provecho de su momia durante más de 110 años no tiene precedente” (“La extraña” 287).

La segunda muerte de Julia Pastrana

En noviembre de 1993 el gran diario *Aftenposten* inició una discusión sobre el caso de Julia Pastrana, proponiendo que la momia fuese llevada a un nuevo museo de historia de la medicina en Oslo. La intromisión de puntos de vista religiosos y éticos complicaba las discusiones. El 22 de noviembre de 1994 el colegio académico de la Universidad de Oslo se reunió para discutir va-

rios temas, entre ellos el de Julia Pastrana. La profesora Lita Scheen propuso que la momia no fuese enterrada; la propuesta fue rechazada por nueve votos contra tres. Saltó a la mesa otra propuesta: que después de extraer una muestra del tejido para estudios de ADN, Julia Pastrana debía ser enterrada. Esta propuesta fue aceptada y parecía que el caso quedaba resuelto . . . Pero hubo muchísimas protestas contra la decisión y mucha tinta corrió en la prensa. El poderoso ministro de asuntos religiosos y educativos, el sociólogo Gudmund Hernes, de orientación socialdemócrata, intervino y cambió las cosas: en 1995 se decidió que Julia Pastrana debía ser conservada por motivos científicos y por ser un tesoro histórico y cultural. En 1996 se seguía discutiendo públicamente el tema, ya que no faltaron quienes, de otra forma, quisieron sacar provecho de la momia de la mujer salvaje mexicana. Varios clérigos noruegos muy influyentes iniciaron una campaña para que fuese destruida o incinerada. Dice Bondeson: “varios médicos y científicos consideraron que era un acto de vandalismo mojigato destruir la momia” (“La extraña” 244) y pidieron que fuese preservada. “Para frustración de los clérigos en cuestión, este último grupo [de científicos y médicos] ganó la partida en la controversia y la momia errante de Julia Pastrana sigue estando entre nosotros, aunque, cabe esperar, en manos de guardianes más dignos que los anteriores” (244). Pero en una nota añadida al final de su libro cuando este estaba en la imprenta, Bondeson dice que tal vez no ocurra así, pues a fines de abril de 1997 la prensa informó que una mujer noruega que decía ser la propietaria legítima de la momia expresaba su deseo de que Julia Pastrana fuese enterrada en México. Efectivamente, el 24 de abril de 1997 el *Dagbladet*, tabloide de gran circulación, tituló en sus páginas: “La mujer-simio de México posiblemente sea enterrada allá” y añadía que probablemente sería sepultada en el lugar de su nacimiento . . . Un lugar que nadie conoce. Sin embargo, esta demanda no prosperó, y Julia Pastrana se mantuvo guardada en la colección Schreiner de la Universidad de Oslo.⁸

Pero a Julia Pastrana le aguardaba un *freak show* más. En 2005 apareció otra mujer que reclamaba el cuerpo de la salvaje mexicana: en un diario de Oslo apareció una esquela en la que una artista mexicana, Laura Anderson Barbata, convocaba a una misa católica en la catedral de la ciudad en memoria de Julia Pastrana. Después, la misma mujer envió una carta al comité que se encarga en Noruega de valorar éticamente los restos humanos solicitando que la momia fuese enterrada en México. Se inició aquí lo que esta artista llamó “un espectáculo multidisciplinario” sobre la vida de Julia Pastrana, que incluía el uso del cuerpo de la mujer salvaje. La Universidad de Oslo y el Ministerio de Salud, a petición de esta artista, abrieron de nuevo el caso de la momia de Julia Pastrana. En 2012 se decidió que la momia podía ser enterrada. Poco después el gobernador de Sinaloa solicitó oficialmente la repatriación

del cuerpo de la sinaloense momificada. La artista que impulsó esta campaña encargó a artesanos de Oaxaca, a modo de mortaja, un huipil ceremonial, tejido con algodón y cabello humano. Todo estaba preparado para el gran show. En febrero de 2013 la momia fue entregada en Oslo al gobierno mexicano, en la capilla del hospital de la Universidad. Julia, encerrada en un ataúd sellado, fue enviada a México. Cuando llegó a Culiacán, se comprobó que ella se encontraba aún en el ataúd, el cual fue vuelto a cerrar ceremoniosamente. El 12 de febrero el féretro fue llevado al pueblo de Sinaloa de Leyva, un lugar donde seguramente jamás puso un pie Julia Pastrana; pero ahora inventaron que había nacido allí. Se celebraron actos burocráticos, el gobernador de Sinaloa, Mario López Valdez, pronunció un discurso y se ofició una misa católica. Fue llevada al panteón municipal y enterrada en una tumba. Laura Anderson Barbata, quien promovió todo el espectáculo, dijo que fue sepultada y “ahogada en concreto y protegida por muros de más de un metro de grosor para asegurar que nunca más sea explotado su cuerpo ni su persona” (“Sepelio”).⁹ Así, es muy sintomático que Julia haya iniciado su vida pública como sirvienta de un gobernador de Sinaloa y que su cuerpo al final haya quedado, bajo el cemento, prisionera de otro gobernador del mismo estado. Este ha sido el más reciente acto de explotación del cuerpo y la memoria de la mujer salvaje mexicana. Nada asegura que aquí termine su historia. Enterrar su momia fue el acto de mojigatería que temían los científicos noruegos, pero ello no logrará esconder el horror de una sociedad que trata a las anomalías con una mezcla de atracción y desprecio.

Notas

1. Véase Bartra, *El mito del salvaje*.
2. Véase Mannix. Un estudio general del mito de los salvajes puede verse en Bartra, *El mito del salvaje*, o la edición en inglés: *Wild Men in the Looking Glass: The Mythic Origins of European Otherness and The Artificial Savage: Modern Myths of the Wild Man*.
3. El propio Tod Browning había sido de muy joven el anunciador de un fingido “wild man of Borneo” que presentaba la Manhattan Fair & Carnival Company. Véase Skal p. 28. Véase las reproducciones a color de las mantas que anunciaban los *side shows* en Randy Johnson, Jim Secreto y Teddy Varndell, *Freaks, Geeks & Strange Girls: Side show banners of the great American Midway*, Hardy Marks, Honolulu, 1995.
4. Véase una reseña del accidentado proceso de filmación de *Freaks* en Skal p. 146–159.
5. Comunicación personal durante una conversación con Jaime Labastida del 23 de marzo de 2017.

6. He usado extensamente los excelentes estudios que ha hecho el médico Jan Bondeson sobre la historia de Julia Pastrana. Tomo las descripciones de los panfletos del libro de Jan Bondeson, “The Strange Story of Julia Pastrana” y su traducción al español: “La extraña historia de Julia Pastrana.” Antes Bondeson ya había publicado un ensayo sobre Julia con A. E. W. Miles: “Julia Pastrana, the nondescript: an example of congenital, generalized hypertrichosis terminalis with gingival hyperplasia.”
7. En realidad no tenía esa doble dentición. Véase los comentarios de Bergman.
8. Véase el libro de dos periodistas noruegos, Christopher Hals Gylseth y Lars O. Toverud.
9. Puede verse el show del entierro en: <https://www.youtube.com/watch?v=StZ2j2VnBRA>.

Obras citadas

- Bartra, Roger. *The Artificial Savage: Modern Myths of the Wild Man*. Ann Arbor: Michigan University Press, 1997.
- _____. *The Imaginary Networks of Political Power. A New Revised and Expanded Edition*, México: Fondo de Cultura Económica/La Jaula Abierta, 2012.
- _____. *El mito del salvaje*. México: Fondo de Cultura Económica, 2013.
- _____. *Las redes imaginarias del poder político*, nueva edición revisada y corregida. Valencia: Pre-Textos, 2010.
- _____. *Wild Men in the Looking Glass: The Mythic Origins of European Otherness*. Ann Arbor: Michigan University Press, 1994.
- Bergman, Jerry. “Darwin’s ape-men and the exploitation of deformed humans.” *Technical Journal* 16:3 (2002): 116–122.
- Bondeson, Jan. “The Strange Story of Julia Pastrana.” *A Cabinet of Medical Curiosities*. London: I. B. Tauris Publishers, 1997. 241–243.
- _____. “La extraña historia de Julia Pastrana.” *Gabinete de curiosidades médicas*. México: Siglo XXI Editores, 1998.
- Bondeson, Jan y A. E. W. Miles. “Julia Pastrana, the Nondescript: An Example of Congenital, Generalized Hypertrichosis Terminalis with Gingival Hyperplasia.” *American Journal of Medical Genetics* 47 (1993):198–212.
- Clinton Odell, George. *Annals of the New York Stage*, vol. 6. New York: Columbia University Press, 1931.
- Darwin, Charles. *Variations of Animals and Plants Under Domestication*, vol. II. London: John Murray, 1868.
- Hals Gylseth, Christopher y Lars O. Toverud. *Julia Pastrana: The Tragic Story of the Victorian Ape Woman*. Stroud: Sutton Publishing, 2003.
- “Julia Pastrana.” *Wiener Medizinische Wochenschrift* 8 (1858): 108–110.
- Laurence, J.Z. “Account of the Bearded and Hairy Female.” *The Lancet* 2 (1857).

- Mannix, Daniel P. *Freaks: We Who Are Not As Others*. San Francisco: Re/search Publications, 1990.
- Montaigne, Michel de. "Of Cannibals." *The Complete Essays of Montaigne*. Trans. Donald M. Frame. Stanford: Stanford University Press, 1958.
- Otto, H. W. (firmado como Signor Saltarino). *Fahrend Volk: Abnormitäten, Kuriositäten und interessante Vertreter der wandernden Künstlerwelt*. Leipzig: J. J. Weber, 1895. 123–126.
- Paz, Ireneo. *Algunas Campañas*, Tomo I. México: El Colegio Nacional/Fondo de Cultura Económica, 1997.
- Sand, George. *Los salvajes de París: Relato de un viaje*. Barcelona: Elba, 2011.
- "Sepelio Julia Pastrana." Culturasinialoa. 14 febrero 2013. Youtube.
- Skal, David J. *The Monster Show. A Cultural History of Horror*. New York: Norton, 1993.
- Trevelyan Buckland, Francis. *Curiosities of Natural History*, vol. 2, London: Bentley. 44–51.

Bartra, Roger. "El viaje de una salvaje mexicana al mundo civilizado." *Freakish Encounters: Constructions of the Freak in Hispanic Cultures*. Ed. Sara Muños-Muriana and Analola Santana. *Hispanic Issues On Line 20* (2018): 16–34.
